

Claudio Chuchuy (Augsburgo)

RASGOS CONTRASTIVOS Y DIFERENCIALES EN LOS DICCIONARIOS NACIONALES DEL ESPAÑOL DE AMÉRICA DEL SIGLO XIX

1. Finalidad del trabajo

En el presente artículo, dedicado a analizar los diccionarios nacionales del español de América publicados en el s. XIX, no se atenderá a la validez de los datos registrados, sino a las estructuras textuales. Estos diccionarios son diferenciales en el sentido de que describen un tipo de español, en este caso el americano, por oposición a otro tipo, el peninsular. Esta característica es común a la casi totalidad de los diccionarios dedicados a la descripción del uso lingüístico de toda o de parte de Hispanoamérica.¹

Con el término *nacionales* precisamos que nos referimos a diccionarios que están dedicados a la descripción del español usual en un país, por oposición a aquellos que por el área que cubre la selección de los elementos léxicos pueden referirse a la América en general, a una región que comprende más de un país, una región dentro de un país, o una ciudad o localidad².

Los términos *diferencial* y *contrastivo* están usados en el sentido de Werner (1991). Con el primero nos referimos únicamente a la selección de elementos léxicos: se registran aquellos elementos que pertenecen a la variedad lingüística que es objeto de descripción y que no pertenecen al conjunto de los elementos que se han definido como punto de referencia. Con el segundo, a la descripción: se opone, a la información sobre los elementos léxicos de la

1 Sobre el concepto de diferencialidad ver Hausmann (1986) y Werner (1991).

2 En cuanto a la justificación, en relación con la descripción del español americano, para basar la delimitación de una variedad lingüística no en isoglosas, sino en criterios extralingüísticos, ver Montes (1991) y el artículo de Werner en este volumen.

variedad lingüística que se describe, información sobre los elementos léxicos que se han delimitado como base de referencia.

Los diccionarios nacionales hispanoamericanos presentan, como rasgo caracterizador, la persecución de una doble finalidad. Tal como lo advierte Haensch (1990), si por un lado intentan la descripción del uso lingüístico particular de su país, por el otro señalan lo que consideran incorrecciones y barbarismos, guiados por un criterio purista y normativo.

Serán motivo de análisis siguientes diccionarios publicados entre 1836 y 1900: de Cuba, PICHARDO (1836), de Chile, RODRÍGUEZ (1875), de Perú, ARONA (1883), de Costa Rica, GAGINI (1892), de Guatemala, BATRES JÁUREGUI (1892), de Chile, ORTÚZAR, (1893), de Honduras, MEMBREÑO (1897).

2.1 El *Diccionario provincial de voces cubanas* de ESTEBAN PICHARDO

El Primer diccionario de provincialismos apareció en el año 1836. La obra no tenía precedentes en el mundo hispánico y se adelanta 12 años a la publicación del primer diccionario norteamericano, *Dictionary of Americanisms* de M. Rusell Bartlett, obra que Pichardo conoció y consultó antes de la realización de la 2ª edición de su diccionario tal como lo menciona en el Prólogo de 1875³. Pichardo publicó cuatro ediciones, la primera (1836) con el título *Diccionario provincial de voces cubanas*, la segunda (1849) y tercera (1862) con el de *Diccionario Provincial casi-razonado de voces cubanas* y la cuarta (1875) *Diccionario Provincial, casi razonado de voces y frases cubanas*.⁴ Con el cambio del título de la obra, Pichardo quería precisar que su diccionario daba (1862, V)

a conocer con alguna amplitud el significado de las Vozes, su origen y relaciones en todas aquellas materias de su propósito, bastante a facilitar la precisa instrucción sobre vegetales, minería, aves, [...].

A esto responde el calificativo de "razonado". El *Diccionario Provincial de voces cubanas* surge, según el mismo Pichardo, de la necesidad de publicar (1953, XXXV) "la multitud de voces peculiares de Cuba [...] explicando

3 Rodríguez Herrera, en el prólogo a Pichardo (1953, XX), Rosenblat (1969) y Bohórquez (1984) señalan, como antecedentes de este diccionario, el proyecto lexicográfico que Fray María Peñaver elevó en el siglo XVIII a la *Sociedad Económica de Amigos del País*.

4 La última edición es la de 1976, reimpresa en 1985.

lo nuevo y lo conocido bajo otro nombre". A estas razones, el autor agrega que no son de su interés "las palabras estampadas en el *Diccionario castellano*; a menos que signifiquen cosas diversas ó tengan aquí nombres distintos [...]". De este modo queda enmarcado el carácter diferencial de esta obra: es objeto de tratamiento lexicográfico lo peculiar o lo exótico y se toma como referencia el diccionario de la Academia. Junto al registro de elementos léxicos señalados, Pichardo incorporó los llamados *barbarismos* (1953, XXXVI): "aquellas voces que el vulgo ha corrompido si el abuso es general". Estos elementos léxicos están separados del resto del texto lexicográfico: un suplemento que acompaña a cada parte del diccionario correspondiente a cada letra, da cuenta de aquellas "voces" que Pichardo no considera "cubanismos" y, que como dice el autor (1953, LIII), "se estampan para que no se usen". Estos artículos lexicográficos presentan en función de lema la forma incorrecta del signo lematizado y la instrucción consiste en la presentación de la forma correcta, precedida por la preposición "por". Ejemplo:

Murciégalo. - *Por Murciélagos.*

En relación con el registro y tratamiento léxico de las unidades léxicas que son objeto de descripción, en el *Diccionario provincial de voces cubanas* interesan considerar las siguientes indicaciones.

Con la indicación "cubanizado", Pichardo advierte al usuario que la unidad léxica tratada es de origen extranjero. En varios casos suele especificarse la procedencia: africano, francés, inglés, etc. El tratamiento de estas unidades léxicas (alguna de las cuales, a veces con la grafía modificada, como por ejemplo *biftec*, *bloque*, *cheek*, serán incorporadas con posterioridad en el *Diccionario* de la Academia), reflejan el criterio sincrónico diatópico tenido en cuenta en la selección de las unidades léxicas. Con la marca⁵ "Voz. Ind.", Pichardo introduce indigenismos, pero sin dar otra información accesoria más precisa o explícita. La indicación "criollo" cumple la siguiente función:

Cr. - Criollo; para explicar que no es el exótico de igual nombre.

Mediante esta indicación se precisa, por ejemplo en los artículos dedicados a términos de botánica tales como *magnolia*, *manzanilla*, *mastuerzo*, y *membrillo*, que el referente corresponde a otra variedad que la planta de

5 Con el término "marca" me refiero a una indicación estandarizada, invariable, que pertenece a una clase cerrada. Dado que en español no existe una terminología lexicográfica actualizada, uso este término ad hoc, a los efectos del presente artículo, sin desconocer que otras indicaciones, como por ejemplo la misma explicación de contenido puede ser, en ciertos casos, también una indicación estandarizada.

España, es decir, que es una variedad autóctona. La indicación intenta prevenir al usuario para que no crea que se está describiendo un fitónimo que con el mismo uso es también peninsular. La indicación "criollo" puede desglosarse en la siguiente paráfrasis "la que existe en España, o la que está registrada en el diccionario de la Academia, es otra variedad que la descrita". La incorporación de esta indicación da cuenta de que ya a Pichardo se le plantean problemas al registrar fitónimos y zoónimos para su descripción en el diccionario diferencial. Establecer un criterio riguroso en el tratamiento de este tipo de casos es difícil: puede suceder que la variedad autóctona americana, en este caso cubana, presente diferencias que aunque claras al científico, resultan inadvertidas para el profano. Esta circunstancia resulta problemática en el momento de delimitar qué unidades léxicas pertenecientes a la flora y a la fauna deben ser incluidas en el diccionario. No puede desconcerse la influencia que en el *Diccionario provincial de voces cubanas* tuvo la actividad desarrollada por Pichardo como geógrafo. Sus viajes por la Isla de Cuba y sus intereses científicos determinan en su diccionario descripciones detalladas y profusión de elementos enciclopédicos. El abandono de esta indicación en los siguientes diccionarios que consideraremos tiene su explicación, entre otras razones, en que en adelante el tratamiento de este tipo de unidades léxicas no será tan riguroso ni tan sistemático.

2.2 El *Diccionario de Chilenismos* de ZOROBABEL RODRIGUEZ

Con su diccionario, Rodríguez (1875) persigue una finalidad fundamentalmente didáctica. Su obra está concebida para contribuir a combatir (1875, VII) "la incorrección con que en Chile se habla i escribe la lengua española". Rodríguez ofrece en su obra un registro de provincialismos que se usan en Chile, con su etimología, y su "verdadera significación", junto a los equivalentes castizos, es decir, peninsulares, ambos documentados por escritores nacionales y españoles respectivamente. Aunque el *Diccionario de chilenismos*, en términos de Rodríguez, no tiene la pretensión de suplir a la *Gramática castellana* o al *Diccionario* de la Academia, aspira a ser un instrumento de fácil manejo para evitar los errores más comunes. Rodríguez precisa, en cuanto al destinatario de su obra, que ésta va dirigida, en primer lugar, al estudioso que desea expresarse correctamente. El autor se propone advertir a quienes frecuentemente dan por castizo un uso provincial y viceversa. Para cumplir esta función, el *Diccionario de chilenismos*, debe atender especialmente a la información contrastiva.

En lo que al criterio de selección y registro de las unidades léxicas respecta, Rodríguez excluye unidades léxicas originadas por defectos de pronunciación, nombres indígenas (fitónimos, zoónimos o topónimos) que no sean indispensables para la comprensión de algún refrán o locución. En cuanto a la base de referencia para la delimitación de los elementos léxicos, Rodríguez se vale de "casi todos" los diccionarios españoles, como por ejemplo, el de la Academia, el de Salvá (1846), el Tesoro de Covarrubias (1674), de 1611, así como también obras lexicográficas americanas, como Baralt (1855), Cuervo (1867-1872) y los apuntes para un diccionario de peruanismos de Arona, probablemente los publicados en periódicos entre 1871 y 1872.

En el diccionario de Rodríguez se profundiza la tendencia normativa que, por comparación, en Pichardo apenas era incipiente. Como sucede en el diccionario de Pichardo, cuando se quiere advertir una incorrección de uso, se presenta como lema la forma incorrecta del signo lematístico. Los llamados "barbarismos" se integran junto al resto de los elementos léxicos sin recibir diferenciación alguna en el texto lexicográfico. Algunos de los criterios tenidos en cuenta para la aceptación de un "chilenismo", pueden advertirse en los artículos dedicados a las siguientes unidades léxicas, agrupados en la parte del texto lexicográfico correspondiente a la letra "M": *machaje* por ser "voz útil en los campos", *malón* "por no existir en castellano una palabra equivalente", *mantequilla* por "la ventaja de no designar [como sucede en el español peninsular] con un mismo nombre dos cosas diversas", *metalero* por no existir o no ser de conocimiento del autor el correspondiente sinónimo español, *montaña* por ser usada en todas las acepciones que en realidad la unidad léxica tiene, *murro* por no existir en el español peninsular un equivalente "que nos muestre la expresión del rostro del que se amorra".

Los artículos del diccionario presentan un bajo grado de estandarización. En suma, sólo se componen de la enunciación del lema y una estructura textual variable que permite ofrecer diferentes tipos y clases de información según los intereses particulares del lexicógrafo, sin necesidad de atenerse a una forma preestablecida. La ausencia de indicaciones estandarizadas tiene como consecuencia, por ejemplo, la falta sistemática de marcas gramaticales. En cuanto a la lematización, es práctica ocasional que en posición de lema principal se encuentre un grupo de palabras de la misma familia o un grupo de sinónimos que, además de afectar al orden alfabético estricto de los artículos lexicográficos, eventualmente tiene consecuencias en cuanto a la información contrastiva. Así pues, puede suceder que dos o más unidades léxicas, enunciadas en posición de lema, no tengan el mismo status en el español peninsular. En el ejemplo siguiente se plantea esta situación y se advierte la solu-

ción propuesta por el lexicógrafo, la que no siempre es aplicada sistemáticamente:

calentar, uzear.

Usamos estos dos verbos, de los cuales solo el primero es castellano, en el sentido de *pegar, golpear con las manos*. [...]

En atención a la finalidad ya mencionada de advertir al usuario cuáles son realmente los usos provinciales y distinguirlos de los castizos, Rodríguez brinda mayor información contrastiva que Pichardo. Esta generalmente se proporciona por la referencia al sinónimo peninsular (por ejemplo el artículo dedicado a *cabezón*), o mediante el significado que la misma unidad léxica que es objeto de descripción tiene en el español peninsular (por ejemplo el artículo dedicado a *calentura, calenturiento*). Las indicaciones contrastivas también pueden estar referidas a una unidad léxica emparentada formalmente con la que es objeto de tratamiento lexicográfico (por ejemplo el artículo dedicado a *camastra*):

CABEZÓN

Como epíteto que conviene a las personas i animales de cabeza grande no viene en el Diccionario de la Academia, seguramente porque a tales las llama *cabezudas*. [...]

CALENTURA, IENTO, A

En español *calentura* es fiebre, desarreglo i agitacion del pulso, i *calenturiento* el que tiene fiebre.

En Chile designamos con el nombre de *calentura* la tisis pulmonar, la anemia, i otras enfermedades [...]

CAMASTRA

Camastron, por *disimulado, astuto* es castellano: no así *camastra*, con que denotamos la calma i aparte impasibilidad [...]

2.3 El Diccionario de peruanismos - Ensayo filológico de JUAN DE ARONA

En la línea de la obra de Rodríguez debe inscribirse el diccionario que Pedro Paz Soldán y Unánue publicó, bajo el seudónimo Juan de Arona, en 1883. Según testimonio del autor, en el año 1860 comenzó a reunir sus papeletas. Publicó artículos sobre el tema en 1870 en el *Heraldo*, y en *El Pe-*

ruano y *El Correo del Perú* entre 1871 y 1872. En 1867 aparecieron sus *Cuadros y episodios* con un índice alfabético, en el que registraba peruanismos usados en esta obra literaria.

El diccionario consta de una primera parte integrada por un *Prólogo*, una *Bibliografía de Americanismos*, una *Advertencia*, unas *Observaciones generales*, y una *Introducción*. La segunda parte está compuesta por el texto lexicográfico propiamente dicho y, finalmente, una tercera parte incluye una *Clasificación de las voces contenidas en el diccionario de peruanismos* y una *Bibliografía*. La primera parte, que responde al subtítulo del diccionario, *Ensayo filológico*, está dedicada al estudio de las características generales del lenguaje peruano. En ésta, el autor explica aspectos relativos a la selección de entradas: no se incluyen neologismos ni tienen un tratamiento especial los peruanismos que, como americanismos, aparecen en el diccionario de Salvá (1846). Los elementos léxicos que se describen están en relación directa con lo que Arona entiende por *peruanismos*: vocablos indígenas "más o menos adulterados", que, en Lima, suelen usarse castellanizados; unidades léxicas no registradas en diccionarios españoles y de origen incierto; unidades léxicas que en Perú adquieren una significación especial, o tiene una acepción entre castiza y adulterada; arcaísmos o dialectalismos españoles y unidades léxicas españolas alteradas en su ortografía. En la tercera parte de la obra, a continuación del texto lexicográfico, Arona agrega una estadística, según la clasificación planteada, de los elementos léxicos que han sido descritos lexicográficamente. Hay que agregar que Arona no se atiene al registro de los elementos léxicos arriba detallados, sino que incluye otros que caracteriza como ajenos al "objeto principal de la obra". Tales elementos léxicos llevan, en el texto lexicográfico, un signo identificatorio, que el autor explica del siguiente modo:

Con un asterisco (*) encabezamos todos aquellos vocablos castellanos que no teniendo nada de peruanismos, nos suministran tema para una breve disertación filológica, que tal vez sea del agrado de nuestros lectores.

El tratamiento lexicográfico de esas unidades léxicas da cuenta de la gravitación que los intereses personales e inclinaciones del lexicográfico tienen en la concepción y realización de la obra.

Una interesante distinción de las obras lexicográficas precedentes plantea Arona en su ensayo *Bibliografía de Americanismos*. Distingue, a partir de sus rasgos relevantes, la obra de Cuervo (1867-1872), como la más científica y lingüística, en la que en relación con el tema, según Arona, se desarrolla una casi "desproporcionada erudición"; y la obra de Pichardo (1836) en la que, (1883, XI) "por interés del autor o por ser el carácter peculiar de la Isla de Cuba", domina la "historia natural". Por otra parte considera el diccionario de

Rodríguez (1875) y su mismo diccionario de peruanismos, obras lexicográficas que (1883, XI) "así como ocurre en el diccionario de Bartlett, están escritas de una manera literaria y algo periodística que recuerda la de Baralt en su Diccionario de Galicismos". El parentesco establecido por Arona entre su obra y la de Rodríguez se refleja ya en la elección de la estructura del texto lexicográfico, pues Arona se decide también por una estructura poco formalizada. La actividad como escritores, paralela a la de lexicógrafos, no es ajena a la cantidad de reflexiones personales, acotaciones humorísticas, irónicas, etc. que abundan en los diferentes artículos lexicográficos de sus respectivos diccionarios. Cabe agregar, que en contraposición con Rodríguez, Arona incluye en su diccionario fitónimos y zoónimos, generalmente acompañados de la nomenclatura científica correspondiente.

2.4 El Diccionario de barbarismos y provincialismos de Costa Rica de GAGINI

Con este diccionario Gagini (1892) intenta "proporcionar un consultor claro y sencillo a los extranjeros y a las personas que deseen expresarse con alguna corrección". El autor insiste en la necesidad de combatir los neologismos, extranjerismos y alteraciones sintácticas. Para Gagini estas "corruptelas" que atentan contra la unidad del idioma, favorecen la formación de dialectos, y terminarán por dificultar la comunicación entre los hispanohablantes. Por esta razón es que Gagini pone especial cuidado en el tratamiento lexicográfico de los "vicios prosódicos y ortográficos" más extendidos. Junto a estos se registran también indigenismos (en especial los referidos al vocabulario de la fauna y flora); "algunas palabras castellanas y neologismos" omitidos en los diccionarios, y usuales en Costa Rica; costarrriqueñismos que son unidades léxicas españolas con acepciones propias; unidades léxicas que son españolas, pero que, por deficiencias de los diccionarios, se dan como provinciales, arcaísmos y extranjerismos; y algunos modismos y refranes.

Sintomático es, en cuanto al criterio purista de este diccionario, que en la segunda edición del diccionario Gagini (1919) cambie el título por *Diccionario de costarrriqueñismos*. Como advierte Haensch (1988)⁶, esta modificación del título obedece a un cambio de actitud del autor que toma conciencia de que los fenómenos lingüísticos del español de América consagrados por un

6 Ver una versión ampliada de este artículo en este volumen.

uso colectivo prolongado tienen los mismos derechos que los del español peninsular. Para Sánchez Corrales (1988, 148), con esta segunda edición se da "el primer paso riguroso para el estudio e individualización del español de Costa Rica, respecto de la lengua estándar común o de otras hablas americanas". Esto sólo es posible porque, para la descripción del léxico costarricense, Gagini se desentiende de la preceptiva académica.

El referido cambio de actitud es explicado por el mismo autor en las *Advertencias* (1919, 6):

Sale, pues esta edición notablemente aumentada y bajo un plan menos empírico: en ella considero las divergencias de nuestro lenguaje en relación a la lengua madre, no como simples corruptelas introducidas por el capricho o la ignorancia, sino como resultado natural de la evolución fonética y semántica a que están sujetos los idiomas vivos.

Los siguientes artículos corroboran lo afirmado:

Ejemplo 1, Gagini 1892:

MALHAYA SEA

Esta frase imprecatoria se emplea principalmente para manifestar despecho ó colera por alguna contrariedad; "¡*Malhaya sea!* se me ha manchado el dibujo!"

A todas luces es incorrecta, pues mal haya significa en español *mal tenga*, y por lo mismo no necesita el aditamento de sea.

Ejemplo 2, Gagini 1919:

Malhaya sea.- Frase imprecatoria con la que denotamos enfado, despecho, contrariedad. La expresión castiza es *mal haya* (mal tenga) y en plural *mal hayan*.

En estos ejemplos se advierte un cambio en la disposición del texto lexicográfico (en la 2ª edición éste está dispuesto a dos columnas), y en el tratamiento de la información. En cuanto a la base de referencia, ésta sigue siendo la misma aunque se tenga en cuenta el español "correcto" o la "expresión castiza".

Como lo advierte en el prólogo, Gagini incluye en su diccionario (1892, IV) "varios artículos relativos a cuestiones puramente gramaticales". Así pues, bajo el artículo correspondiente por ejemplo a *conjugación*, o *concurrency de vocales* se plantean las características del voseo o se dan reglas de ortología, y se señalan indicaciones de correcciones, basadas en criterios puristas y normativos. Una de las consecuencias que tiene esta práctica a nivel de los segmentos del texto lexicográfico, es que el lema deja de estar en función de establecer un rasgo diferencial. El lema (aparte de no ser Thema o

Adresse en el sentido de Hausmann/Wiegand 1989), no vale como elemento léxico diferencial, y sirve sólo como título de una instrucción gramatical.

2.5 Vicios del lenguaje y provincialismos de Guatemala, estudio filológico de BATRES JÁUREGUI

Con su obra, Batres Jáuregui (1892) se inscribe en la serie de autores cuya preocupación esencial es la corrección idiomática. Las citas textuales de Arona, referidas al empobrecimiento del idioma, y de Zorobabel Rodríguez, en cuanto a la incorrección idiomática, reflejan dos de las preocupaciones fundamentales del autor. Batres Jáuregui se hace eco de la idea de que la pureza del idioma es un instrumento básico para la unidad lingüística. Del mismo modo que Rodríguez (1875), Batres Jáuregui se propone ofrecer al usuario una "lista sino completa, numerosa al menos" de provincialismos con documentos de escritores nacionales y españoles.

El diccionario consta de un *Prólogo*, y dos ensayos, *La Lengua Castellana en la América Española* y *Transformaciones de la ortografía española* que preceden al texto lexicográfico. En el prólogo, Batres Jáuregui señala los autores y las obras que le han suministrado "parte del material" que conforma su diccionario. Como sucede a partir de Pichardo, los autores de los diccionarios "provinciales" tienen siempre en cuenta las obras de este tipo que le anteceden. La consulta de las obras anteriores muchas veces conlleva, en la práctica lexicográfica, no sólo la adopción de los modelos de tratamiento, sino también el aprovechamiento de la información sobre unidades léxicas comunes. Batres Jáuregui no sólo adopta el modelo del texto lexicográfico de Rodríguez (1875), Arona (1883) y Gagini (1892), sino que también parafrasea a estos autores en diferentes artículos lexicográficos. A esta actitud se refiere Lenz, cuando al evaluar el diccionario de Batres Jáuregui, a la par que reconoce méritos en el acopio de materiales valiosos, critica que en este diccionario (1904, 86) "florecen las críticas burlonas i las citas literarias i extractos de la literatura de americanismos, pero, desgraciadamente sin indicar con claridad a qué autor se debe tal o cual observacion".

La mencionada finalidad preceptiva asumida por Batres Jáuregui, determina que un considerable porcentaje de las unidades léxicas sometidas a la descripción lexicográfica, tengan la función de señalar una incorrección. Por ejemplo, en el total de los artículos que se agrupan bajo la letra M, casi un 30 % están dedicados a advertir un uso incorrecto.

2.6 *El Diccionario manual de locuciones viciosas y de correcciones del lenguaje* de ORTÚZAR

La posición normativa de Batres Jáuregui es más extrema en el caso de Ortúzar (1893). Con esta obra lexicográfica el autor intenta proporcionar al usuario un medio por el que (1893, XI) "en forma cómoda y sin pérdida de tiempo puedan consultarse las más importantes correcciones del lenguaje, conforme á la enseñanza de renombrados hablistas". Para Ortúzar, las "locuciones viciosas" son tantas que conspiran contra la unidad del idioma. La autoridad de la Academia y el valor de su diccionario resultan el único medio para mantener la unidad idiomática, (1893, VII-VIII) "porque á no aceptarse con respeto sus fallos sobrevendrá en nuestra lengua confusión indecible".

Ortúzar asume los siguientes criterios para aceptar o rechazar un uso chileno: se consideran provincialismos innecesarios (1893, XVI), "vocablos ó giros propios y privativos de una provincia ó territorio, siempre que tengan sus equivalentes castellanos. Si dos vocablos significasen idénticamente la misma cosa, lo que en rigor no ocurre ni aun con los sinónimos, tendríamos dos signos diferentes para una misma idea, lujo absurdo que ninguna lengua se ha permitido jamás". Por contraposición, se aceptan como legítimas aquellas unidades léxicas que no tienen equivalentes en el español, cuando se usan en una determinada extensión territorial, en más de una provincia o en regiones muy dilatadas, y especialmente cuando estas unidades léxicas están formadas del griego o del latín, según las reglas de composición y derivación. Ortúzar se vale también de la cita de textos de clásicos como (1893, XIX) "autoridades que aprueban ó vituperan el empleo de los giros y voces que aquí se registran", pero advierte, en el manejo de este criterio un reparo (1893, XIX) "téngase en cuenta que los descuidos de uno que otro ilustre escritor no bastarán jamás á sancionar los despropósitos". Para Ortúzar, glosarios de provincialismos y americanismos deben quedar a cargo de corporaciones latinoamericanas en tanto el Diccionario de la Academia debe ser destinado a la "definición y explicación de las voces que constituyen el fondo común del idioma".

Como hemos visto en los diccionarios anteriores, salvo Pichardo, los artículos que están dedicados a una incorrección de uso están integrados en el texto junto al resto de los elementos léxicos registrados para su descripción. Si bien Ortúzar no les da un tratamiento aparte, se vale en el texto lexicográ-

fico del uso de señaladores estructurales gráficos⁷ para diferenciar usos correctos de incorrectos. Así lo señala en sus *Advertencias* (1893, XXVII):

Van escritas con letra gruesa mayúsculas expresiones incorrectas, y con versalilla las palabras ó frases castizas

En el artículo lexicográfico se presentan las siguientes posibilidades:

Caso 1:

Mariar. MAREAR

Figura como lema la forma incorrecta del signo lemático y la instrucción correspondiente es la presentación de la forma correcta del signo lemático. Una variación en este tratamiento se plantea en el siguiente ejemplo:

marchante por parroquiano,
es famoso disparate. MAR-
CHANTE: traficante; mer-
cantil.

El lema en letra negrita indica que el uso de la unidad léxica con tal acepción es incorrecto. El lema en versalita indica el uso correcto. Si comparamos con el correspondiente artículo del diccionario de la Academia, 13ª edición:

Marchante. (De *mercante*) adj. Mercan-
til. | m. Traficante. | *pr. And.* Parro-
quiano.

advertimos que, en este caso, Ortúzar toma las dos primeras acepciones de este diccionario (sin distinguir, como es habitual, categoría gramatical), y excluye el uso provincial propio de Andalucía.

Caso 2:

MAR (EL O LA).

En este artículo, se presenta solamente el lema y la instrucción consiste en una indicación de corrección de uso que se determina por el tipo de letra, es decir, el señalador estructural gráfico (letra en versalita) advierte que para esta unidad léxica es correcto el uso de uno u otro artículo. Un caso similar es el siguiente:

MANZANAL O MANZANAR

7 Uso este término en el sentido de *Strukturanzeiger*. Ver Hausmann/Wiegand (1989)

En este artículo, la instrucción es una indicación de corrección de uso mediante el señalador estructural, por el que se informa que ambas formas del lema son correctas.

Caso 3:

MALDECIR conj. c. decir, menos el futuro, pospretérito, imperativo singular y participio: maldeciré, maldeciría, maldice tú, maldecido, maldito. Véase PARTICIPIO.

Se indica con letra versalita el lema, cuando el artículo está en función de una indicación gramatical. También se presenta en versalita el lema de artículos lexicográficos incluidos para dar una instrucción gramatical, como es el caso, por ejemplo, del artículo que tiene por lema *adjetivo*.

2.7 El Diccionario de Hondureñismos de MEMBREÑO

Del diccionario de Alberto Membreño se publican dos ediciones, la primera en 1895 y la segunda en 1897. Para la segunda edición, como precisa Herranz (1989), el autor tuvo en cuenta los comentarios que Ramón Menéndez Pidal (1896) hiciera con motivo de una reseña de la primera edición del diccionario: (1897, IV): "Ahora con el aumento que hemos dado al libro, ya no podrá decirse que no se revelan en él los caracteres del lenguaje popular de Honduras." Precede al texto lexicográfico un *Prólogo*, un *Plan y objeto de esta obra*, y *Ligeras Observaciones sobre el habla castellana*. En la 2ª edición Membreño agregó una tercera parte integrada por un *Apéndice, breves vocabularios del moreno, zambo, sumo, paya, jicaque, lenco y chorti*. En el *Plan y objeto de esta obra*, señala criterios tenidos en cuenta en la selección de entradas. Se incluyen: 1) topónimos con información etimológica, 2) indigenismos con información etimológica, 3) unidades léxicas no registradas en el Diccionario de la Real Academia Española, 4) los llamados "barbarismos", 5) fitónimos y zoónimos. En cuanto al tipo de información que sobre los elementos léxicos tratados lexicográficamente se ofrece, Membreño aclara que no se incluye información relacionada con el régimen y construcción, como en la obra emprendida por Cuervo (1886), ni indicaciones de prosodia, especialmente acentuación, por haber sido ya fijada a través

de la gramática. Membreño establece una diferencia entre su obra y las de Cuervo (1867-1872), Zorobabel Rodríguez (1875), Gagini (1892) y Batres Jáuregui (1893), (1897, VII):

Las *Apuntaciones críticas*, del señor Cuervo, el *Diccionario de Chilenismos*, del señor Rodríguez, el *Diccionario de barbarismos y provincialismos de Costa-Rica*, del señor Gagini y los *Vicios del lenguaje y provincialismos de Guatemala*, del señor Batres Jáuregui, tienen por principal objeto purificar el habla castellana censurando los vicios que se han introducido en ella y tienden á pervertirla; la obrita de nosotros se concreta lo más á traducir nuestros provincialismos, palabras anticuadas é indígenas y uno que otro vocablo que hemos formado por onomatopeya.

De este modo, se asume frente a los elementos léxicos tratados una actitud más descriptiva que normativa. En comparación con Rodríguez (1875) y Arona (1883) especialmente, Membreño elude acotaciones anecdóticas, humorísticas o literarias en el tratamiento lexicográfico.

2.8 El Vocabulario de mexicanismos de GARCÍA ICAZBALCETA

En el año 1899 se publica en Méjico esta obra póstuma, el *Vocabulario de mejicanismos* de García Icazbalceta. Se trata de una obra incompleta (letra A-G) publicada por el hijo del autor. Aquí nos interesa, de esta obra, el estudio del autor sobre los *Provincialismos mexicanos*, que figura a manera de prólogo. García Icazbalceta advierte el valor documental que tienen los usos provinciales tanto en la creación de neologismos como en la pervivencia de arcaísmos. En atención a este valor es que, para García Icazbalceta, un diccionario "provincial" es una obra de características especiales (1899, XV):

Sea cual fuere el plan, en la ejecución nunca debe olvidarse que un *Diccionario de Provincialismos* no es un *Diccionario de la Lengua*. Este pide suma severidad en la admisión de artículos, como que van á llevar el sello de su legitimidad: el otro debe abarcarlo todo; bueno ó malo, propio ó impropio, bien ó mal formado; lo familiar, lo vulgar y aun lo bajo, como no toque en soez ú obsceno; supuesto siempre el cuidado de señalar la calidad y censura de cada vocablo, para que nadie le tome por lo que no es, y de paso sirva de correctivo á los yerros.

A estas consideraciones, agrega García Icazbalceta, (1899, XVII) "difícil es reunir los provincialismos; pero mucho más autorizarlos"⁸. Si el diccionario "provincial" no es un diccionario de la lengua, las diferencias entre éstos no sólo se plantean a nivel del registro y del tratamiento lexicográfico, sino también al de la forma de presentación del texto (1899, XV):

De los dos métodos adoptados para formar los *Diccionario de Provincialismos* parece preferible el que no se ciñe á la forma rigurosa de Diccionario, es decir, el adoptado por Rodríguez y Arona, á imitación del de Baralt. Permite explicaciones y observaciones que no cabe en la estrechez de una pura definición, y aun reminiscencias ó anécdotas que contribuyen grandemente al conocimiento del origen, vicisitudes y significado de las voces: se presta asimismo á dar cierta amenidad relativa á un trabajo árido de suyo, con lo cual se logra mayor número de lectores, y es mayor el beneficio común.⁹

3. Conclusiones

Hemos dicho que un diccionario dedicado a la descripción de una variante diatópicamente diferencial registra elementos usuales en la variante B, que se describe, y no usuales en la variante A, que se toma como base de referencia. El problema básico de toda obra lexicográfica diferencial es cómo resolver adecuadamente esta ecuación. Todos los diccionarios de "provincialismos" tratados, toman prácticamente como base de referencia otros diccionarios y, en general casi con exclusividad, el Diccionario de la Academia Española. El primer problema que esto conlleva es el hecho de que el diccionario mencionado no describe la variante A:

- En primer lugar, porque sólo una visión ingenua podría suponer que una lengua puede ser descrita por "un" diccionario, aún cuando éste pudiera ser, al mismo tiempo, etimológico, descriptivo, normativo, de régimen, jergal,

8 A la necesidad de que en estos diccionarios se abandone la práctica preceptiva, que muchas veces conduce a conclusiones o propuestas equívocas, y que se adopte una actitud descriptiva sin restricciones, se refieren Lenz (1904) y Toro y Gisbert (1912).

9 En contradicción con estas apreciaciones, García Icazbalceta elige para su frustrado proyecto lexicográfico un modelo de estructura formalizado. Tal es así que Toro y Gisbert considera la obra de García Icazbalceta como (1912, 19) "la más metódica de todas las de su clase".

etc. Como afirmaba Lenz (1904, 10) en relación con los autores de los diccionarios provinciales:

Todos estos autores sustituyen el Diccionario de la Real Academia Española a la lengua, aceptando como dogma que lo que está en ese Diccionario es *castellano*, lo que no está, no lo es. La prueba de la verdad de tal aserción no la da nadie, ¡ ¡difícil sería darla!

- En segundo lugar, el Diccionario de la Academia no sólo no describe la variante de referencia, sino que cumple otra finalidad, como advertimos en la caracterización que de este diccionario hace Ferreccio Podestá (1978):

El *Diccionario* de la Academia registra el léxico del español ejemplar, esto es, del modelo superior de lengua general de cultura que contiene los repertorios de formas y las reglas de operación que definen al español como un instrumento de comunicación completo y autosuficiente.

En este sentido, se podría opinar que el diccionario representa la norma, no en el sentido de 'norma de uso', sino de norma prescriptiva. Sin embargo, hay que agregar que el Diccionario de la Academia no sólo no describe la variante A, la que se constituye en variante de referencia, y representa la norma, sino que incluye elementos de la variante B, es decir elementos diferenciales: A partir de la décimosegunda edición, en 1884, comienza en el diccionario de la Academia el reconocimiento y registro de "provincialismos" americanos. Petrecca, (1988) al referirse a la fórmula "Provincial de" con la que en el diccionario de la Academia se señalaban hasta entonces los elementos léxicos usuales en las provincias de España (Andalucía, etc.), y luego también los elementos léxicos americanos, advierte:

Pero interesa también observar que la expresión misma es portadora de una consciente valoración de política lingüística que relega, por así decir, el localismo a la periferia del español mismo.

Para determinar los elementos léxicos que deben ser incluidos en un diccionario de "provincialismos" el autor se plantea dos premisas: "Nosotros hablamos mal". Esto quiere decir usamos elementos léxicos que no están en el diccionario de la Academia, entendido éste como representante de la norma. "Nosotros hablamos diferente". Esto quiere decir, usamos elementos léxicos que no están en el Diccionario de la Academia, entendido éste como representante de la variante A.

Es decir, para llevar a cabo esa doble finalidad de los diccionarios provinciales, advertida por Haensch, el lexicógrafo se vale de una misma fuente de referencia (el diccionario), que a su vez cumple, teóricamente, también una doble función (la norma y la descripción de elementos léxicos de A, a la

que podría agregarse, la descripción de elementos léxicos de B). En la práctica, el lexicógrafo se vale de otros medios. A la afirmación "nosotros hablamos mal" puede contestar:

- porque usamos un elemento léxico que no está en el diccionario de la Academia.
- porque usamos un elemento léxico que no está en los autores clásicos.
- porque usamos un elemento léxico que no está formado según las reglas gramaticales.

Cuando estas condiciones están reunidas, el lexicógrafo "puede" censurar el uso del elemento léxico en cuestión. Cuando la relación entre estos tres enunciados no es la misma, por ejemplo, un elemento léxico no está en el Diccionario, pero está "bien formado" en el sentido de la gramática y, eventualmente, también documentado en los clásicos, el lexicógrafo puede declarar el elemento léxico como legítimo. Entonces puede afirmar "nosotros hablamos diferente". Afirmación que también se plantea cuando el elemento léxico B significa lo peculiar que no tiene equivalente "castellano".

En resumen, los diccionarios de provincialismos cumplen las siguientes funciones:

- Determinar que el elemento léxico diferencial no está en el diccionario en tanto éste representa la variante A.
- Determinar que el elemento léxico diferencial no está en el diccionario en tanto éste representa la norma.
- Determinar la legitimidad o ilegitimidad del elemento diferencial, atendiendo al diccionario, la gramática y los clásicos.

La última de estas funciones lleva a una información que tiene dos destinatarios: el usuario del diccionario (fundamentalmente el del propio país) y la Academia Española. Al usuario del diccionario se le indica, que el elemento diferencial es un provincialismo, es un casticismo, es un barbarismo. A la Academia Española se le indica que el elemento B, cuando es legítimo, debe registrarse en el Diccionario, puesto que, como ya vimos, éste también describe los elementos diferenciales. También se le indica que un elemento diferencial propio de la variante B, ya registrado, está deficientemente descrito, y, además, se le hace saber cuándo un elemento léxico es usual en la variante A y en la variante B y, por descuido, no ha sido registrado aún en el Diccionario.

Los autores de los diccionarios "provinciales" tienen, a su vez, como guías para la determinación de incorrección y corrección de uso, el diccionario de Salvá (1846), que amplía el de la Academia, y las *Apuntaciones críticas al lenguaje bogotano* de Rufino Cuervo (1867-72). En los diccionarios de provincialismos se consigna a menudo la ausencia de un elemento léxico en

el diccionario de la Academia, y su registro en el de Salvá (1846), para legitimar su uso. No es casual que muchos de los elementos léxicos tratados en la obra de Cuervo aparezcan repetidos de diccionario en diccionario, a veces haciendo uso de los mismos testimonios que daba este autor.

Finalmente, hay que considerar, que desde el punto de vista teórico, en los diccionarios "provinciales" la base de referencia, que sirve para la delimitación de los elementos léxicos que se registran para su tratamiento lexicográfico, es de diferente orden. Se trata de dos conjuntos diferentes: el uso peninsular (documentado en una obra lexicográfica) y la norma preceptiva (de la que tal obra lexicográfica también es reflejo). Una falta clara de definición de la base de referencia será también característica en la mayoría de las obras lexicográficas hasta ahora aparecidas en el s. XX.

Bibliografía

- Arona, Juan de [Pedro Paz Soldán y Unánue] (1883):
Diccionario de Peruanismos. Ensayo filológico, Lima.
- Arona, Juan de [Pedro Paz Soldán y Unánue] (1867):
Cuadros y episodios peruanos y otras poesías, Lima.
- Baralt, Rafael María (1855):
Diccionario de galicismos, Madrid.
- Batres Jáuregui, Antonio (1892):
Vicios del lenguaje y provincialismos de Guatemala. Estudio filológico, Guatemala.
- Bohórquez C. [Cubides], Jesús Gútemberg (1984):
Concepto de 'Americanismo' en la historia del español. Punto de vista lexicológico y lexicográfico, Bogotá.
- Covarrubias y Orozco, Sebastián de (1674):
Tesoro de la lengua castellana o española, según la impresión de 1611 con las adiciones de Benito Remigio Noydens, publicadas en la de 1674. Edición, prólogo e índice de Martín de Riquer, Barcelona.
- Cuervo, Rufino José (1867-1872):
Apuntaciones críticas sobre el lenguaje bogotano, Bogotá.

Cuervo, Rufino José (1886):

Diccionario de construcción y régimen de la lengua castellana, I, A-B
París 1886, II C-D.

Ferreccio Podestá, Mario (1978):

El diccionario académico de americanismos. Pautas para un examen integral del Diccionario de la lengua española de la Real Academia Española, Santiago de Chile, (Theses et Studia Scholastica 2).

Gagini, Carlos (1892):

Diccionario de barbarismos y provincialismos de Costa Rica, San José de Costa Rica.

Gagini, Carlos (1919):

Diccionario de costarriqueñismos, San José de Costa Rica.

García Icazbalceta, Joaquín (1899 [1905]):

Vocabulario de mejicanismos comprobado con ejemplos y comparado con los de otros países hispano-americanos. Propónense además algunas adiciones y enmiendas á la última edición (12.a) del diccionario de la Academia, obra póstuma publicada por Luis García Pimentel, México.

Haensch, Günther (1988):

"Dos siglos de lexicografía del español de América: Lo que se ha hecho y lo que queda por hacer", en: *Actas del Primer Coloquio sobre la lexicografía del Español de América*, Bogotá, en prensa.

Haensch, Günther (1990):

"182. Spanische Lexikographie", en: *Wörterbücher 1991*, 1738-1767.

Hausmann, Franz Josef (1986):

"Les dictionnaires du français hors de France", en: *La lexicographie québécoise. Bilan et perspectives. Actes du colloque organisé par l'équipe du Trésor de la langue française au Québec et tenu à l'Université Laval les 11 et 12 avril 1985*, publicadas por Lionel Boisvert, Claude Poirier y Claude Verreault (Langue Française au Québec, 3e section, 8), Québec.

Hausmann, Franz Josef/Herbert Ernst Wiegand (1989):

"36. Component Parts and Structures of General Monolingual Dictionary: a Survey", en: *Wörterbücher 1989-1991*, 328-369.

Herranz, Atanasio (1989):

"Alberto Membreño y la lexicografía de Honduras", en: *Nueva Revista de Filología española XXXVII*, Madrid.

Lenz, Rodolfo (1904 [1905]):

Rodolfo Lenz, *Diccionario etimológico de las voces chilenas derivadas de lenguas indígenas americanas*, publicado como anexo a los Anales de la Universidad de Chile, Santiago de Chile.

Membreño, Alberto (1895):

Hondureñismos. Vocabulario de provincialismos de Honduras, Tegucigalpa.

Membreño, Alberto (1897):

Hondureñismos. Vocabulario de los provincialismos de Honduras, 2a. ed., Tegucigalpa.

Montes G. [Giraldo], José Joaquín (1991):

"El español de América en el siglo XXI", en: *Encuentro internacional sobre el español de América. Presencia y destino. El español de América hacia el siglo XXI*, t. I, Santafé de Bogotá, 129-143.

Ortúzar, Camilo (1893):

Diccionario manual de locuciones viciosas y de correcciones de lenguaje. Con indicación del valor de algunas palabras y ciertas nociones gramaticales, Torino.

Petrecce, Francisco (1988):

"Las marcas diatópicas en el Diccionario Académico", en: *Actas del Primer Coloquio sobre la lexicografía del Español de América*, Bogotá, en prensa.

Pichardo, Esteban (1836):

Diccionario provincial de voces cubanas, Matanzas.

Pichardo, Esteban (1849):

Diccionario Provincial casi-razonado de voces cubanas, 2a. ed., notablemente aumentada y corregida, Habana.

Pichardo, Esteban (1853):

Pichardo novísimo o Diccionario provincial casi razonado de voces y frases cubanas, novísima edición, corregida y ampliamente anotada, por Esteban Rodríguez Herrera, Habana.

Pichardo, Esteban (1875):

Diccionario Provincial, casi razonado de voces y frases cubanas, 4a. ed., Corregida y mui aumentada, Habana.

Rodríguez, Zorobabel (1875):

Diccionario de chilenismos, Santiago (Chile).

Rosenblat, Angel (1969):

Lengua literaria y lengua popular en América, Caracas.

Salvá, Vicente (1846):

Nuevo diccionario de la lengua castellana que comprende la última edición íntegra, muy rectificada y mejorada, del publicado por la Academia española, y unas veinte y seis mil voces, acepciones, frases y locuciones, entre ellas muchas americanas, añadidas por [...], París.

Sánchez Corrales, Victor (1988):

"Lexicografía del español en Costa Rica, visión crítica", en: *Filología y lingüística* XIV, 2, 147-156.

Toro y Gisbert, Miguel de (1912):

Americanismos, París, s. f.

Werner, Reinhold (1991):

"Principios diferenciales y contrastivos en la lexicografía del español americano", en: *Encuentro internacional sobre el español de América. Presencia y destino. El español de América hacia el siglo XXI*, Santafé de Bogotá, t. I, 1991, 231-271.

Wörterbücher 1989:

Wörterbücher. Dictionaries. Dictionnaires. Ein internationales Handbuch zur Lexikographie. An International Encyclopedia of Lexicography. Encyclopédie internationale de lexicographie, ed. por Franz Josef Hausmann y otros, Berlín - Nueva York, t. I, 1989, t. II, 1990, t. III, 1991.